

A close-up portrait of an elderly man with a full, grey beard and hair. He is wearing a dark blue jacket and a light-colored scarf. His hands are clasped in front of him. The background is a plain, light-colored wall.

TIEMPO DE MEMORIA

Leopoldo Pomés

# NO ERA PECADO

Experiencias de una mirada

TUSQUETS  
EDITORES

LEOPOLDO POMÉS  
NO ERA PECADO  
Experiencias de una mirada

Traducción del catalán de Lúdia Penelo

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *No era peccat. Vivències d'una mirada*

1.ª edición: junio de 2019

© Leopoldo Pomés Campello, 2019

© de las fotografías, Leopoldo Pomés Campello

Autor representado por Silvia Bastos SL, Agencia Literaria

El autor agradece la ayuda inestimable de Lúcia Penelo

© de la traducción: Lúcia Penelo, 2019

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)

ISBN: 978-84-9066-712-5

Depósito legal: B. 10.882-2019

Fotocomposición: David Pablo

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Entremeses	
La oscuridad, la luz y la carne. . . . .	15
Soldados italianos, 15; El frío de un tiro en la espalda, 16; El rey del Poblenou, 17; Dios lo ve, 19; La elegancia de una bata sencilla atada a la cintura, 20; Invocando el espíritu de mi madre, 22; ¡Qué cara!, 24; «Propósito de enmienda», 27; Criadas, 28; Medias negras y yogures, 31; Mary Martin y el demonio, 32; La aguja de la tía, 36; Un helado por Semana Santa, 38; Claveles rojos, zapatos de aguja, 41; La copa de la casa, 42; El amor que llegó en ascensor, 43; Mes de mayo, mes de las flores, mes de María, 45; La azotea, 48; Huir de la luz, 53; Modest Urgell, una historia de amor, 55; Una foto entre viñedos, 59; Una «excursión» al cementerio, 60; Avenida de la Luz, 63	
Notas calurosas. . . . .	68
Mi primer verano en Lloret de Mar (1947), 68; Una aceituna indigesta, 69; Los Baños Ventura, 70; Las francesas, 72; La Puñalada, 75; El tío Alberto, 79	
Dau al Set . . . . .	80
Modest Cuixart, 80; Antoni Tàpies, 81; Joan Ponç, 84; Atmósfera Joan Brossa: la magia tangible, 89; Lluís Maria Riera, 96; Josep Cercós, 96	

Primer plato	
El cine . . . . .	101
Soñar con los ojos abiertos, 101; El espectador, 103; ¿Quién no se ha enamorado en el cine?, 105; Berlanga, 106	
La fotografía . . . . .	109
La fotografía determinante: Potax, 109; Galerías Layetanas, 1955. Eduardo Cirlot, 110; Ramón Dimas, 112; Una fotografía irreplicable en los Encants, 114; Karin. Una carta trascendente, 115; Leopoldo Rodés y cómo creció Studio Pomés, 117; Margit Kocsis: una aparición, 119; Rodaje en Venecia (y primer cólico nefrítico), 121; Más de Margit, 124; Nico, 125; <i>Matador</i> , 127	
Comer es una fiesta. Experiencias gastronómicas . . . . .	131
La vocación, las vocaciones, 131; Alain Chapel, 131; El señor Paco. El 7 Portes, 132; Aperitivos memorables, 137; Primer cóctel, 138; El verano, 139; El tío Juan y la tía Paca, 141; Dolor y placer, 143; Tendencias e influencias gastronómicas, 144; Alfonso Milá, 146; Influencias decisivas, 148; Creaciones culinarias ilustradas, 152; Las personas y los escenarios, 153	
Segundo plato	
Freixenet . . . . .	157
Agentes y artistas, 157; Pareja imposible, 159; Los artistas, 160; Alejandro Sanz, 161; Gabino Diego. Demi Moore, 162; La señora Caballé, 164; Estrella Morente, 165; Pierce Brosnan, 166; Pilar López de Ayala, 167; Gene Kelly, 168; Gwyneth Paltrow, 172; Los clientes, 174	
Barcelona, protagonista . . . . .	177
Trabajos estimulantes con Víctor Sagi, 177; Ceremonia del Campeonato Mundial de Fútbol 1982 en Barcelona, 178; La candidatura de los Juegos Olímpicos de Barcelona 1992, 180; El papel fundamental de Leopoldo Rodés, 183	

Postres	
Las mujeres. . . . .	187
La culturista, 187; Escultura blanca y la poesía, 189; <i>Vidre de nit</i> o poemas de ausencia, 191; Tery y «la operación zanahoria», 192; Viaje a Italia. Lydia, 196; Isabel Cordero, 199; «Primera Comunión» en la Fundació Miró, 202; Maquillaje incompleto, 204; Jill Carter, 206; Patatas fritas (1970), 207; Paralelismo Chaplin-Pomés, 210	
Los irrepetibles. . . . .	212
Doctor José María Jaén. Una mirada que vive, 212; Suri, 213; Federico Correa, 217; Oscar Tusquets, 224; Xavier Valls, 227; Tres encuentros con Alberto Closas, 228; María Bofill, 230; Johan Cruyff, 232; Alexandre Cirici Peller, 233; El <i>living</i> de Balmes, 235	
Más amigos . . . . .	238
Una isla en la sociedad barcelonesa, 238; Cincuenta años después, 240	
Café, copa y <i>petits fours</i> ...	
Momentos surrealistas . . . . .	245
Bar A Lo Loco, 245; Picasso. Conocer a un famoso, 252; Entrecots de kilo, 257; Cólicos hepáticos y Aston Martin, 262; Hedonismo, 264	
Currículum profesional de Leopoldo Pomés. . . . .	265
<i>[Fotografías . . . . . 128-129, 224-225]</i>	

## La oscuridad, la luz y la carne

### Soldados italianos

Hacia el final de la Guerra Civil, los soldados italianos entraron en Vilassar de Mar ejerciendo el papel de «libertadores» y, además, tenían un aspecto que podía parecer muy simpático. El primer recuerdo de esta supuesta virtud que les habían otorgado los vecinos, más por el cansancio y el dolor de tres años de guerra que porque fuera cierto, fue un delicioso pastelito de crema que repartían en la puerta del cine del pueblo. Me acompañó la abuela y éste es el único recuerdo que conservo de ella. Estuvo muy bien. Al día siguiente, aquellos soldados se instalaron cerca de casa con una olla inmensa llena de rancho y se pusieron a repartir macarrones para la gente del pueblo. Acudí con una cazuelita que me dio la abuela y, con poco más de siete años, viví mi primer fracaso. Cuando fue mi turno, con cara triste le dije al soldado que me había llenado media cazuelita:

—Por favor, ¿me puede poner más, que tengo a mi padre enfermo?

No me hizo ningún caso y, con gesto autoritario, me despachó.

Gracias a este fracaso, al día siguiente hice la primera actuación de mi vida. Cambiando de táctica, muté la expresión de niño triste por una de glotón divertido, y poniendo los ojos casi en blanco, le dije al soldado:

—Llénemelo al máximo, por favor, ¡son tan buenos!

Y aquí triunfé porque el buen italiano, divertido, me llenó toda la cazuelita de macarrones.

No sé si esta anécdota ha sido decisiva en mi vida gastronómica pero me parece que sí lo ha sido en mi vertiente de publicista. El caso es que desde siempre he tenido una manera de vivir todo lo relacionado con la comida bastante especial, incluso diría que mi manera es bastante contagiosa. Recuerdo a un tío de mi madre que una vez, en Semana Santa, después de comer juntos, me dijo:

—Si un día te quedas sin trabajo, recuerda que yo pagaría por comer en tu mesa.

Lo dijo después de haberme visto disfrutar con la comida.

En el colegio, donde me quedaba a media pensión, para el almuerzo daban a menudo *corned beef*, una carne en conserva que parece que venía de América del Sur. Compartía mesa con tres compañeros. A ninguno de ellos les gustaba ese plato, pero a mí sí, y mucho, y lo exteriorizaba sinceramente. Ponía tan buena cara que cuando me volvía a tocar me servían una ración triple.

## El frío de un tiro en la espalda

El segundo verano de la guerra, los tíos ricos de mi madre, Juan y Mercedes, convencieron a mis padres para que fuéramos a vivir a Vilassar de Mar. Nos alquilaron una casa junto a la suya, con el argumento de que allí estaríamos tranquilos, sin bombardeos, y que la familia estaba para ayudar. El abuelo ya no vivía y mi tía Rosita, que siempre fue muy ella, prefirió quedarse en Barcelona.

De aquella larga estancia conservo recuerdos muy diferentes: sol y playas, el jardín de los tíos, forrado de cantos rodados, y las tertulias con mis padres, tan risueños. Empezaba a pasármelo bien con el mundo de las personas mayores. Pero un día se produjo un cambio dramático: llegó un automóvil gris con tres policías de paisano, detuvieron a mi padre y se lo llevaron. Mi madre cayó enferma. Siempre había estado delica-

da del hígado, y recuerdo que acostumbraba seguir un régimen muy severo, sin fritos, ni pasteles, ni huevos... Nada de grasa.

Tras la detención de mi padre, mi madre empeoró y no se movió de la cama. De mi padre solo teníamos noticias muy de vez en cuando, noticias que nos llegaban indefectiblemente a través de la tía, que era, desde siempre, la más decidida y valiente de la familia. Una vez por semana le visitaba en las diferentes prisiones donde lo iban confinando, y tenía que hacer largas caminatas por una Barcelona donde llovían bombas cada vez más a menudo.

Recién terminada la guerra, mi padre fue liberado y vino a Vilassar con un sorprendente buen humor, que nunca sabremos si lo forzaba para nosotros. Nos contaba las experiencias que había vivido, sin dramatizar, nos daba detalles de peripecias y vivencias, y en todo lo que explicaba se percibía, como un hilo invisible, una voluntad firme de no dejarse torcer, ni en la peor de las circunstancias. Su actitud me impresionó, especialmente cuando recordaba cómo cada día se hacía la cama con un diario que extendía en el suelo como sábana. Por la mañana doblaba el periódico y por la noche lo volvía a tender en el suelo. Yo alucinaba. El motivo de su encarcelamiento no quedó nunca muy claro, pero fue, probablemente, porque su nombre aparecía en unos papeles de un comerciante de la Lonja que era colaboracionista, o que debía de estar en el entramado de lo que entonces se llamaba la Quinta Columna. La liberación de mi padre se produjo en la calle San Elías, donde había una de las checas más famosas. Liberaban a los presos por grupos y la cosa fue muy lenta. Cuando le tocó el turno a mi padre, sentía un frío en la espalda como si nos tuvieran que disparar un tiro.

## El rey del Poblenu

Mi padre, Leopoldo Pomés Pascual, era proveedor de azafranes y materias primas para la alimentación. Tenía muchos

clientes y algunos eran muy conocidos, como la Nestlé. Empezó de ayudante de un tío suyo que tenía un negocio de cereales, pero en lugar de establecerse en una fábrica, se puso de agente comercial y buscaba materia prima para los clientes; tenía tan buen gusto que se fiaban de él y le decían: «Tú mismo».

Había nacido en el barrio barcelonés del Poblenou. No es que fuera guapo, pero era muy atractivo y muy simpático, y nunca de manera impostada. También era muy detallista, muy atento y apaciguador: si dos amigos discutían, procuraba, dando la razón a quien la tuviera, no hacer tan fuerte la culpa del otro. Siempre era así, por eso era tan apreciado como amigo. Quizás por esta actitud, cuando había alguna fiesta en el Poblenou, muchas chicas, cuando se las invitaba decían «Si Poldo no viene, no voy». O así me lo contó Marquet, el barbero que venía a casa, mientras me cortaba el pelo:

—¡Uy, tu padre! Tu padre era el rey del Poblenou. El día antes de casarse, aún se hacían apuestas de si subiría al altar o no.

Mi padre se cultivó a sí mismo. Su padre, nacido en Reus, trabajaba en una fábrica de vidrio como soplete, que es un trabajo duro pero bien pagado. Vivían en el Poblenou. Mi abuelo se quedó viudo y solo con dos hijos pequeños. Sin saber qué hacer con dos criaturas, envió a mi padre a un internado de curas, cerca de Reus. Y de Paquita, la hermana de mi padre, se ocupó una tía que vivía en Sevilla y no solo se crio allí, sino que se quedó siempre en aquella ciudad. Mi padre fue un estudiante modélico que sacaba matrículas de honor. A los doce o trece años, cuando volvió a casa para las vacaciones de verano, le planteó a mi abuelo que los padres del colegio le habían propuesto ingresar en el seminario porque querían que fuera cura. Y mi abuelo, muy listo, no le puso ningún inconveniente, solo le dijo:

—Me parece muy bien, si así lo quieres. Pero de momento, pasa las vacaciones aquí en el Poblenou, y ya volveremos a hablar.

Del tema no se habló nunca más. El Poblenou de principios del siglo xx era un barrio obrero con gente muy modesta,

pero abierta y participativa, y mi padre se acomodó; con matrícula de honor, claro.

## Dios lo ve

Hasta hace bien poco, no he me dado cuenta de que la primera lección que me inculcó mi padre es la búsqueda, la satisfacción por las cosas bien hechas. Para explicarlo me sirve perfectamente el comentario de Oscar Tusquets que aparece en su magnífico libro *Dios lo ve*, sobre las esculturas del Partenón. Estas esculturas, a pesar de estar pegadas en la pared, por detrás no son planas y están perfectamente acabadas porque el hombre no ve su trasero, pero Dios lo ve todo. Y mi padre con su conducta me transmitió este mensaje de una manera casi silenciosa. Era como un homenaje tácito al trabajo bien hecho. Mi padre le daba una importancia tremenda al trabajo en sí mismo: todo ha de ser de verdad y bien hecho.

En casa tenía una máquina de escribir Underwood. Yo jugaba a hacer cosas con ella. Elegía letras sin ton ni son, y escribía frases sin sentido... Un día, mi padre llega y me ve allí y me dice:

—Está bien si eso es lo que quieres hacer, pero mira... —Y cogió un sobre, lo colocó en la máquina y prosiguió—: Un sobre está pensado para enviar y recibir una carta o una información; por tanto, es necesario que cada espacio esté puesto al servicio de facilitar esta comunicación; o sea que cuanto más ordenada y pensada, mejor irán las cosas para facilitar la transmisión de lo que quieres decir al otro. Fíjate en el sobre, que tiene esta forma apaisada: lo primero que tienes que ver aquí, más a la izquierda, es la dirección...

Lo entendí perfectamente: era aquello de Dios lo ve. Me lo demostró un montón de veces más. En casa, por ejemplo, había un piano. Y no había manera de que mi padre lo tocara. Le decías, casi suplicándole: «Va, toca el piano». Y él: «No, no,

porque no lo hago bastante bien». Se aplicaba a sí mismo aquel rigor que transmitía serenamente a los demás, al igual que a mí no me dejaba cantar porque decía que desafinaba. Pero tanto le di la lata con lo de tocar el piano que un día accedió y tocó. Apenas fueron unos minutos, pero me emocioné. Lo hizo tan bien, con tanto sentimiento, con silencios y subidas...

Mi padre era bastante melómano. Cada domingo por la mañana íbamos al Palau de la Música, donde hacían unos conciertos populares que costaban tres pesetas. Las entradas se las guardaba el primer oboe de la banda municipal, que era amigo suyo. «Las trompas no son extraordinarias..., es importante que los metales no ofendan a las cuerdas...», comentaba. Era muy sibarita, en esto, como en el fondo lo era con la comida, con el vestir... Vamos, lo era con todo. Y también cuando escuchaba música en casa. Tenía una colección de medio millar de discos (grabaciones que no podían ser de cualquier tipo porque debían ser siempre las mejores, generalmente de la Deutsche Grammophon), y cuando las ponía tenía la costumbre de dirigir los compases con la mano. Con los años, le regalé una batuta. Le hizo mucha ilusión y la usó bastante sentado en el salón, rigurosamente concentrado. En mi padre había un afán de perfección que quizás he heredado, solo quizás.

## La elegancia de una bata sencilla atada a la cintura

También le gustaban el flamenco y los toros. Iba del Poble nou al centro de Barcelona a pie para ahorrarse dos reales y poder comprar la entrada... Yo había llegado a ir con él. No le gustaban los toreros suicidas sino los que se sabían hacer amigos del toro. Uno de sus favoritos se llamaba Domingo Ortega, un torero muy intuitivo de dotes extraordinarias. También vimos torear a Manolete. Era impresionante porque parecía que el toro lo iba a pillar cada vez. Mi padre lo entendía, pero decía:

—Algún día el toro lo cogerá, porque no tenía que haber hecho esto, debía haber conducido asá...

Manolete era muy delgado, parecía la figura de un cuadro de El Greco, y desprendía un aura misteriosa.

Este punto austero que transmitía Manolete le gustaba a mi padre. Este gusto se podía ver incluso en los marcos de los cuadros de casa, un piso en el que no había ningún mueble que no fuera necesario; la única pieza buena que teníamos era un bargueño, en el pasillo. También se notaba en determinados comentarios que hacía sobre la forma de vestir. Le gustaba lo sencillo, no podía soportar la falsa elegancia, el acicalarse, presumir de según qué cosas; ni llevar oro de manera ostentosa. Odiaba los zapatos topolino, por ejemplo, como todos los adornos superfluos, porque, en el fondo, no soportaba la falsedad, el lujo banal o los espectáculos con oropel y la gente mal vestida, que distinguía claramente del ir sencillo.

Creo que yo rondaba los catorce años cuando mi padre me dijo una frase que me impresionó y que pienso que la he hecho un poco mía intentando aplicarla a todos los aspectos de la vida:

—La elegancia es una chica con una sencilla bata atada a la cintura.

Mi padre también distinguía entre el aspecto de los actores ingleses y el de los estadounidenses. De los primeros decía que iban siempre muy marcados de cuerpo y que los otros iban más «suelos», elogiando presencias como las de Cary Grant, William Holden o Gregory Peck, gente, decía él, con «una elegancia nada exagerada, muy natural». Él ya iba algo así. Se compraba la ropa en Can Pellicer, una de las grandes sastrerías del paseo de Gracia, que representaba esa elegancia natural. Yo también compré allí durante muchos años. Viendo ahora fotografías de la obra del modisto Giorgio Armani me confirman la razón y el criterio tan anticipado que tenía mi padre de que, en realidad, Armani hace hoy lo que él hace años ya decía que era la elegancia. El lujo es un pliegue bien hecho. Y encontrar, hoy, un buen sastre, un buen cerrajero o un taxista que sea simpático y lleve el coche impecable, ino es fácil! Si por azar encuentras un buen taxista he observado que suelen tener un

Toyota, que permite una conducción nada brusca y silenciosa. Dicen que estos coches pueden hacer quinientos mil kilómetros sin entrar en el taller... El comportamiento humano es, en el fondo, tan sencillo... O quizás no tanto.

Mi padre era un observador finísimo y salir a pasear con él siempre resultaba estimulante. Sobre todo recuerdo el día que me hizo notar los gestos extraños que hacen muchas personas cuando caminan solas por la calle. La misma observación me resultó extraña y me quedé un punto perplejo con esta revelación; pero, al cabo de un rato de observar, ¡mepecé a detectar gestos bien raros en la gente! Todavía hoy, a veces, practico este pasatiempo del que quizás he hecho una filosofía de vida, esto de mirar, mirar y mirar.

Lo de la elegancia de la bata me ratifica la trascendente influencia de mi padre en mi vida. Al hilo de esta sencilla anécdota me siguen apareciendo un grupo de detalles sobre sus gustos, preferencias y comentarios, así como las pequeñas observaciones de las cosas cotidianas que me confirman la enorme suerte que tuve de poder asimilarlos. Si hay algún precedente de hilo artístico en mi vida es mi padre. No creo que pensara que me daba lecciones. Quiero creer que le gustaba compartir lo que sabía con su mejor amigo, que era yo.

## Invocando el espíritu de mi madre

Mi padre era un hombre de izquierdas, con mucho criterio, poco tolerante con el desorden, amante de las cosas bien hechas, del no abusar de nadie, buen trabajador, hombre de pocos discursos políticos y de mentalidad mucho más abierta que la media de la época. Quizás estaría próximo a la Izquierda Republicana de antes de la guerra. Mi madre iba a una especie de agrupación no sindicalista de chicas y era bastante más izquierdista que él. Creo que se conocieron en un despacho donde mi madre hacía de secretaria y mi padre iba por trabajo. Mi

madre, Julia Campello Torrents, era un poco tímida porque era un poco alta y cuando entraba en los lugares todo el mundo la miraba y eso le provocaba cierta tirantez. Leía con asiduidad y quizás por eso era una gran narradora. O al revés. El hecho es que, comiendo o cenando, explicando las cosas tenía una gracia tremenda, muy natural. La lástima es que siempre estuvo muy delicada de salud y sufría unos cólicos hepáticos que yo, con los años, heredé.

Mis padres hacían una pareja muy bonita, pero ella tuvo un final muy duro. Mi madre murió con solo cuarenta y ocho años, de un fibroma en la matriz que se le extendió. Por casa desfilaron un montón de médicos, incluso un cura que practicaba la medicina alternativa. Mi padre no escatimó ni un céntimo en médicos. También vino uno que entonces era el más famoso de Barcelona y que se llamaba Agustín Pedro Pons, e hizo un dictamen definitivo. Durante el proceso, mi madre sufrió una embolia que no la mató pero que nos la dejó totalmente fuera de este mundo. Aquella situación era tan desagradable y triste que, en la última intervención que le hicieron, yo deseaba que se muriera, incluso rezaba para que fuera así. Temía que la situación acabara volviendo loco a mi padre... Mientras estuvo muy enferma, yo la paseaba en coche cada día, la llevaba a dar un paseo por el parque más cercano, y así la distraía. A veces, mi padre la llevaba al teatro si sabía que en la obra había payasos y cosas así, porque cuando salía el payaso de las bofetadas a veces conseguimos que volviera, por unos brevísimos instantes, a este mundo y, milagrosamente, riera un poco.

Yo la había visto pasarse muchas horas nocturnas tras la puerta de nuestro piso, en camisón, observando por la mirilla hasta que mi padre, hacia la madrugada, se acercaba y le decía: «Anda, vamos a dormir...». Y ella hacía unos sonidos guturales y unos gestos para deshacerse del abrazo de mi padre que eran terribles. Aquel periodo tan triste duró un año y mis padres nunca dejaron de amarse. En casa, los domingos por la tarde escuchábamos bastante la radio y cuando sonaba música, mis padres se levantaban de las butacas y se ponían a bailar, allí mismo, en el comedor. Era una demostración más de lo bien

que se entendían. Un domingo, cuando mi madre ya había entrado en ese estado ausente, se fijó en un anuncio de la Joyería Roca que aparecía en la última página de *La Vanguardia*, lo señaló con fuerza, acompañándolo de un sonido gutural. Al día siguiente, mi padre apareció con una caja que contenía todo aquello tan bonito que salía en el anuncio: un espejo, un cepillo, otro cepillo más corto, una polvera y unas cajitas, todo de plata. Mi madre se puso muy contenta, dispusieron todo aquello sobre la alfombra del comedor y se abrazaron, rodando por la alfombra. Aún lo conservo todo.

Mi padre, tiempo después de que mi madre hubiera muerto, me dijo:

—Si al menos se hubiera quedado con nosotros ni que fuera de esa manera...

Él prefería tenerla incluso en ese estado mental que sufrir su ausencia. La habitación de mis padres era contigua al laboratorio fotográfico que, con los años, me había montado en casa. Al pasar ante su dormitorio, una noche que la puerta estaba entreabierta, después de que mi madre hubiera muerto, vi a mi padre sentado en la cama. En las manos no supe ver qué tenía. Estaba medio de espaldas. Al día siguiente, al volver a ir a revelar unos negativos, lo vi de nuevo, exactamente igual. Al cabo de unos días, me atreví a entrar y preguntar: «Padre, ¿qué haces, así?». Y me respondió, con voz muy baja, casi como si se lo dijera a sí mismo para intentar materializar el hechizo: «Cada noche intento soñar con ella y no lo consigo». Lo que hacía mi padre era ponerse una foto de ella en las manos y repasar recuerdos para intentar que su mal dormir quedara impregnado de sueños felices.

¡Qué cara!

Cuando estalló la Guerra Civil yo tenía cinco años y vivíamos en un principal de la calle Nápoles, con mis abuelos y la tía

Rosita, hermana de mi madre, la que después se quedaría en Barcelona a pesar de los bombardeos. Cuando sonaba la alarma, todos los vecinos bajaban a casa como si fueran a un refugio. Y allí había una gran fotografía del abuelo Federico, vestido de bandolero con una manta zamorana, montado a caballo y con un trabuco. Había hecho de extra en alguna película. Uno de los vecinos, a pesar de aquella situación tensa, quiso hacer un comentario distendido y, en principio, divertido:

—Caramba, don Federico es todo un artista de cine.

—Sí, artista..., ¡qué más quisiera! —le espetó mi tía, cor tante.

Y es que el abuelo tenía un buen historial. Físicamente, Federico Campello imponía, era un hombre alto y fuerte. Pensándolo bien, ahora entiendo que trabajara en el cine, no de galán, pero sí podía haber papeles adecuados para su físico. De la abuela, en cambio, tengo un recuerdo muy gris, no consigo revivir ningún momento de su presencia física, casi como si no tuviera nada que ver con nosotros y, aún menos, con el abuelo. El abuelo no vivía siempre en casa con nosotros y, según decía la tía, «ni falta que hace». Pronto vi, más que entender, que no era una persona querida. Con el tiempo y con la moviola mental que aviva los recuerdos, he comprendido su desprestigio a los ojos de mis padres y de la tía. Me ha ayudado el hecho de encontrar varias fotografías en las que salgo yo, a los seis o siete años, supongo, todo mono y rodeado de plantas, en un decorado de fotógrafo de galería. Lo curioso es que hay cuatro o cinco en el mismo lugar, hechas naturalmente por el mismo fotógrafo, pero con pequeños detalles diferentes y variantes casi imperceptibles. Las imágenes me han traído a la memoria una conversación que mi padre tuvo con mi madre y la tía y que yo, entonces, no acabé de entender del todo. Pillé a mi padre explicándoles que lo había ido a ver el fotógrafo contándole un «sainete», quejándose porque su mujer se entendía con el señor Federico. Mi padre, medio riendo, decía que le había respondido:

—¡Esto no me lo cuente a mí, hable con su señora!

Y la verdad es que mi abuelo a menudo me llevaba a retratar: yo ponía cara de niño bueno para el fotógrafo en unas sesiones muy largas, mientras mi abuelo pasaba el rato con la mujer del fotógrafo, una rubia muy simpática y guapa. Por si fuera poco, la aventura le salía barata a don Federico, porque tenía el morro de hacer pagar a mi padre las fotografías. ¡Qué cara!

En casa, la expresión «¡Qué cara!» era muy habitual. La tía lo empleaba a menudo cuando hablaba del abuelo con mi madre. Cuando yo ya rondaba los dieciséis años, si alguna noche salía y llegaba tarde, la tía me decía: «Serás como tu abuelo». La verdad es que acabé arrastrando su espectro, y me despertaba un sentimiento entre la admiración y el rechazo. El señor Federico acabó montando una agencia de modelos y extras para el cine. Como es fácil imaginar, básicamente la contratación se producía siempre con señoras jóvenes y de buen ver, modelos. Y eso, cuando tienes poca edad, te marca un poco. Una vez que yo estaba medio con fiebre, me fue a ver, y me llevó un anillo de plata en el que había un retrato de la abuela. Era un anillo muy tronado, y quizás fue la primera lección de mal gusto, moral y estético, que recibí. Aquel anillo no me lo podía poner de ninguna manera. Y claro, pensé: «¡Qué cara!».

El abuelo murió unos años después y yo casi no me enteré. Era una presencia muy lejana para mí, como lo eran las aventuras propias de su talante. La tía, que siempre había sido la más crítica y ruidosa, tampoco nos informaba mucho, pero un día que yo estaba solo en casa llamaron para comunicarnos que el señor Campello había muerto.

Visto con los años, para mi formación moral y artística, seguramente el abuelo Federico ejerció cierta influencia incómoda. La tía, especialmente, me recordaba, cuando yo hacía algo que le parecía incorrecto, como llegar tarde, no hacer los deberes, no ir a misa y otros pecados relacionados con las faldas: «Ya te pareces a tu abuelo» o «Cuanto más mayor te haces, más nos haces sufrir, como él» o «Como sigas así, disgustarás a tu madre». Por reacción profiláctica, cuando la tía me hacía

estos comentarios me volvía la imagen del fotógrafo, sus cuernos, y terminaba soñando con su señora, que era muy guapa. Sí, sí, lo recuerdo como una iniciación a mi futuro mundo de transgresión. Cada día al ir a dormir, no rezaba mis oraciones y procuraba dormirme con el deseo de que aquella rubia espléndida y casada me hiciera caso en mis sueños. Mi mente estrenó un nuevo aliciente: la conciencia de transitar por territorios prohibidos y pecaminosos. Una noche lo conseguí. En el sueño ella reía, reía y se desnudaba e incluso, me decía: «¿Quieres que te haga las fotografías yo? Ven, ven...». Empecé a experimentar una sensación muy extraña, un dolor desconocido y compulsivo en el pito (nadie lo llamaba «el sexo», entonces), como si me estuviera muriendo de una manera maravillosa. Me desperté y me lo agarré: estaba duro como nunca y el dolor fue más intenso, como si una caricia de una electricidad divina me penetrara por todas partes. Después, hablando con mi mejor amigo, entendí que me había hecho la primera paja de mi vida. Al día siguiente me levanté con el miedo de que todo el mundo me lo notara e hice ver que estudiaba. La tía, al darme el primer beso del día, me dijo: «¿Ves? Así me gusta, que seas un niño bien bonito». Ahora, el caradura era yo... No pensé en el abuelo, pero sí en aquella señora rubia y en el acto que había estrenado, la sensación de morir de placer y con la conciencia del pecado y de la irremediable certeza de que lo repetiría.

### «Propósito de enmienda»

Siempre he sido un purista, y las veces que no, que han sido unas cuantas, me he sentido lleno de remordimientos. Con esta manera de ser, tan arraigada y tan de siempre, no se puede hacer más. Me he dado cuenta hace años, pero más o menos sigue todo sigue igual. Sigo sufriendo y lamentándome, pero... siempre espero «la próxima».

«Propósitos de enmienda», decía la oración que rezabas al confesarte. Cuando la entendí dejé de ir a comulgar. Yo no podía comulgar en pecado mortal sabiendo como sabía que había un pecado que no podía dejar de hacer. Las famosas «acciones impuras» eran, precisamente, lo que más me gustaba. Nunca más podría pensar en las caderas de mi vecina Palmira. Nunca más podría imaginarme a Rita Hayworth quitándose el guante para mí solito. Sabía que a todo esto no podía renunciar para siempre. Por lo tanto, el «propósito de enmienda» era imposible. Si al menos me hubieran fijado unos plazos de abstinencia, tipo «estarás tres meses sin masturbarte» o «irás medio año por la calle mirando dónde pones los pies, pero ¡ay de ti si miras zapatos y piernas de mujer!»; me lo habría podido plantear. Me habrían podido decir también «Verás solo películas de Blancanieves», todo esto lo hubiera podido soportar con cierto pragmatismo heroico. Pero ¿qué quería decir lo de «propósito de enmienda»? ¿Propósito de no hacerlo nunca más? Imposible. O sea, que me instalé en el pecado, pero en el fondo me sentía más digno que todos los compañeros de clase que cínicamente iban a comulgar. Lo que sí era una blasfemia, un auténtico pecado mortal.

## Criadas

La influencia de las criadas ha sido primordial para mucha gente. Antes, en según qué casas, había criadas, y en mi vida hubo tres o cuatro que fueron fundamentales. Con la primera de la que tengo memoria tuve un mal comienzo. Se llamaba Consuelo: debería tener unos cincuenta años, era algo grande, fuerte, gorda y muy tozuda. Para mí significó la aparición de la autoridad sobre mi persona: ella era el enemigo en una guerra en la que yo era, por primera vez, el claro perdedor desde el principio. Me tenía desesperado porque me obligaba a comer los macarrones repelentes que guisaba; unos

macarrones demasiado cocidos, con una salsa roja viscosa; aquello era exactamente como comer sopa de macarrones. Alguna vez me los había hecho comer a la fuerza. La lucha se producía siempre en el comedor antes de que llegaran mis padres. Consuelo, con el plato en la mano, me cogía por el brazo y, forcejeando, me sentaba a su lado y comenzaba una lucha sin tregua por aquella repugnante pasta viscosa. Si ella me cogía, yo me resistía, pensando que podría escapar, pero ella tenía mucha más fuerza que yo, claro. Ahora, al pensar en ello, no entiendo por qué no me quejé a mi madre: casi parecía que Consuelo solo tuviera la misión de suministrar macarrones al «rey de la casa», porque quizás fue la única criada que recuerdo que no vi nunca por ninguna habitación. Por más que lo pienso, no consigo invocar ninguna otra imagen suya. De ella, aparte de su autoritaria fealdad solo recuerdo sus incomedibles macarrones.

Después tuvimos a Magdalena, que era el polo opuesto de Consuelo. Era una chica alta y delgada de ojos verdes, muy bonita, con las piernas un pelo excesivamente gruesas y de tobillos gruesos, pero por lo demás era muy proporcionada, sin estridencias. Magdalena tenía una simpatía natural que transmitía amistad, y nos hicimos muy amigos, nos reímos mucho los dos juntos. También recuerdo cuando la ayudaba a pelar judías, guisantes o habas. Lo hacíamos en la galería, que tenía muy buena luz y el espacio suficiente para que ella pusiese en una mesa baja las judías, por ejemplo, y dos cuencos más, uno para tirar las cáscaras y otro para las judías limpias. Yo me sentaba en el suelo delante de ella en busca de una visión privilegiada. Ella, sentada con uno de los cuencos entre las piernas, iba eligiendo legumbres y yo también; pero, además, yo, de vez en cuando, entre pela y cáscara, estiraba las manos para hacer una incursión por sus muslos. Me gustaba mucho, yo debía de tener cinco o seis años, tal vez siete. Entonces, ella, medio riendo, me cerraba el paso y con la punta de un cuchillo sin afilar, me pinchaba la mano y decía: «¡Niño, vaaa...!». Pero yo, al cabo de dos o tres judías más, volvía a la carga. Magdalena me decía que era un malote, pero siempre lo decía riendo.

En verano íbamos al Ordal, donde mi madre tenía una pequeña casa con un patio trasero y donde a mi padre, si hacía buen tiempo, le gustaba hacer una paella. Allí, un día, antes de cocinar, Magdalena estaba sentada en un escalón tomando el sol cerca de la cisterna. Yo me acerqué por detrás, la abracé y le di un beso en la boca, pero el gesto no le gustó nada y me dio un buen tortazo. Allí el niño ya apuntaba maneras... Posiblemente, como consecuencia de este episodio al cabo de unos días me presentó a su novio, un chico de Ordal con muy buena pinta que estuvo muy simpático, tan simpático que me pareció que conocía perfectamente el incidente de mi beso y también que había terminado con un buen coscorrón.

Creo que un tiempo después tuvimos en casa a una criada a la que llamábamos la Romana, no recuerdo por qué. A mí no me gustaba y, escondido en la despensa de la cocina, tomaba nota de todo lo que hacía, paso a paso, hasta que conseguí tener un informe de todos sus movimientos. Después, lo leí a mi padre, y mientras más leía, más me avergonzaba de mi traición, me sentía verdaderamente como un chivato. A mi padre aquello tampoco le hizo ninguna gracia. Ahora, cuando lo pienso, tampoco me la hace a mí.

Y después llegó Emilia, que estaba, como dice la expresión, como un tren. Era una chica alta de tobillos finos, muy bien torneados, pelirroja, con unos pechos, una cintura y unas piernas preciosas. Pero a mí, lo que más me gustaba de aquella mujer eran sus cambios constantes de zapatos. Durante una buena temporada, cada día me acompañaba al colegio y no había trayecto sin piropos más o menos torpes dirigidos a ella, pero muy a menudo los tipos más avispados me utilizaban a mí como preámbulo para comunicarse con ella. «¡Anda, tío, qué pareja que llevas!», «¡Hala, chaval, tú sí que tienes suerte en la vida!», Pero hubo uno que dijo: «¡Sois la pareja más bonita de Barcelona!», y este hizo diana. Y Emilia, que nunca hacía caso a todas aquellas atenciones, en aquella ocasión mostró la mejor de sus sonrisas y, agarrándome bien fuerte, le dio las gracias. Me pareció muy bien y recuerdo que inmediatamente pensé: yo también le debería haber dado las gracias.